

EL ORÁCULO:
Como medio para develar el conflicto del humano
contemporáneo.

Publicado en <http://www.anmal.uma.es/numero22/Spinel.htm>

Julio Andrés Spinel Luna
jspinel@yahoo.com

Mi designio no es para todos, pero es, sin embargo, comunicable.
Tanto a causa de aquellos que me son “semejantes” como porque
los “adversarios” sacarán de él la fuerza y la alegría de formularse
ellos también su ser y sacar de él espíritu y vida.
Nietzsche. (Voluntad de poder).

Quién liberó a su espíritu sigue necesitado de purificación:
queda aún en él mucho de cárcel y de moho:
su ojo tiene que volverse puro.
Nietzsche. (Así habló Zarathustra).

Aún cuando sabemos que la fantasía es
de por sí mágica, no lo es tanto como para
resolver nuestros problemas.
Fernando Arbeláez.

Es claro que nosotros no podemos
resolver el enigma del mundo,
sí podemos en cambio,
devolverle su misterio original.
Fernando Arbeláez.

Conócete a ti mismo
y conocerás al Universo
y a los Dioses.
Tales de Mileto.
(Inscripción templo de Delfos).

Preguntarnos por el *conflicto* del humano contemporáneo nos lleva a indagar acerca de lo qué es el conflicto, para así proseguir a averiguar qué problema ocasiona en la vida humana. Estanislao Zuleta le da un concepto interesante, es el conflicto el eje y motor de la vida humana. El conflicto confronta y cuestiona al humano, lo obliga a rasgar el velo de su *imagen* de su narcisismo. El conflicto proporciona una apertura al desarrollo y superación de “sí mismo”; genera una visión crítica de la realidad de su realidad. La vida es un constante conflicto, y el afrontarlo con entereza, vigor y vitalidad concede el recorrer la vida con felicidad.

Pero el humano (sobre todo aquel que está enmarcado en las concepciones de la civilización) imagina la felicidad como: «Una vida sin riesgos, sin lucha, sin búsqueda de superación y sin muerte. Y por lo tanto también sin carencias y sin deseo: un océano de mermelada sagrada, una eternidad de aburrición.¹»; busca una vida que se encauce en el *ideal tonto de la seguridad garantizada*,² “ideal” de perseguir frenéticamente certezas para eludir la incertidumbre incesante que acarrea el existir. La incesante incertidumbre es un constante generador de conflicto; el conflicto ocasiona crisis, perturban lo que se conoce como *zona de confort*. Las crisis son la oportunidad para cuestionar y dudar de las “verdades” desde las cuales significamos la vida. Las crisis son molestas ya que perturban la vida anímica del humano al experimentar la falta de solidez de las certezas establecidas, aprendidas y construidas desde el nacimiento. Se introyectan y se defienden sin tener consciencia de su utilidad, que es independiente de la veracidad o falsedad de la información que edifica la certeza, eludir las crisis que afectan la *zona de confort*, el fortín donde se protege el *narcisismo*.

La función psíquica del narcisismo (egotismo) declarará enemigo y peligroso todo aquello que atente contra la zona de confort. Es el narcisismo y la zona de confort un cúmulo de *imágenes, estructuras* e “ideales”, consideraciones, cargadas emocionalmente, en los cuales un humano ha cimentado su seguridad sobre sí, así como su ilusión de certeza. Por lo tanto, frente a los conflictos hay que buscar mecanismos para desacreditar, obviar, eliminar las crisis que ocasiona, debido a que puedan afectar nocivamente la “certeza” concebida. Según lo anterior se puede comprender, tanto a nivel colectivo como personal, el empleo de la violencia dirigida hacia lo que se sospecha o causa una crisis; igualmente conlleva en otras situaciones a la distorsión, acomodación y tergiversación de los acontecimientos, y en casos extremos se legitiman y aprueban supuestos con la finalidad de evitar crisis que

¹ E. Zuleta, «Elogio de la dificultad», *Sobre la idealización en la vida personal y colectiva*, Procultura, Colombia, 1985, pág. 9.

² E. Zuleta, *loc. Cit.*

fisuren la zona de confort. Teniendo en cuenta lo expuesto se puede plantear la siguiente afirmación: Lo que aqueja al humano contemporáneo no es el conflicto, el problema que lo aqueja es la evasión de éste.

En la primera parte de «El dieciocho brumario de Luís Bonaparte», Marx expone que la historia de los humanos del presente está bajo el yugo del pasado: «La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos.³». Esta opresión induce a los humanos a que repitan la historia, así “crean” que están planteando algo novedoso, una auténtica transformación del presente. Lo anterior conduce a un interrogante: entonces ¿es el conflicto del humano contemporáneo el mismo del humano del pasado? Pero ¿cuál es el conflicto que se ha mantenido oprimiendo al humano? Y si el conflicto no es el problema sino la evasión de éste: ¿cuál es el conflicto que el humano quiere evadir?

Para lograr resolver los anteriores interrogantes vino en mi auxilio el Oráculo. En el vibrar de la voz de la pitonisa Teoclea hallé la respuesta. Teoclea fue una pitonisa reconocida del templo de Delfos.

En Delfos (Grecia), el arquitecto Trofonio construyó un templo dedicado al dios Apolo y Dionisos. Dos inscripciones adornaban su entrada y eran una preparación a los y las visitantes: «Nada en demasía» y «Conócete a ti mismo», la primera acreditada a Solón y la restante a Tales de Mileto. Iban los humanos al templo a consultar el Oráculo, y así conocer, por medio de las vociferaciones de la pitonisa, lo que les deparaba el destino. El interés de los humanos por conocer su destino ha servido de inspiración para la creación de varias obras literarias y de teatro; una de las más conocidas es “Edipo Rey” de Sófocles. Debido a los oráculos los griegos eran humanos sin esperanza: ¿Cómo se van a tener esperanzas si ya se conoce el destino? Sólo era cuestión de tiempo para que el vaticinio se ejecutara.

Uno de los aforismos de «Aurora» comenta que: «... los griegos se diferenciaban de nosotros en la estimación de la esperanza, mirada por ellos como ciega y páfida. Hesíodo expresó en una fábula lo más violento que se puede decir contra la esperanza*, y lo que dice parece tan extraño que ningún interprete moderno lo ha comprendido, pues es contrario al nuevo espíritu emanado del cristianismo, para el cual la esperanza es una virtud. En cambio, entre los griegos, la ciencia del porvenir no se consideraba enteramente inaccesible, y la averiguación de lo futuro había llegado á ser, en innumerables casos, un deber religioso. Mientras nosotros nos contentamos con la esperanza, los griegos, merced á las profecías de sus adivinos, la tenían en poco y la

³ C. Marx, «El dieciocho brumario de Luís Bonaparte», *El manifiesto comunista*, Proyectos Editoriales, España, 1983, pág. 107.

* La fábula aquí referenciada es la que trata sobre Pandora y la caja que contenía los males que los dioses no repartieron a los habitantes del planeta en la creación. Pandora al abrir la caja dejó escapar todos los males que nos aquejan, la esperanza fue el último que se escapó.

rebajaban á la categoría de un mal o de un peligro.⁴» (Aforismo 38). Hay que tener en cuenta que el Oráculo sólo comunicaba el destino, la forma en la cual el consultante llevará su vida hacia el destino, era su decisión. El misterio del Oráculo no consiste en la predicción del destino, el misterio reside en la actitud que tomaba –toma– el predestinado para recorrer el camino hacia su destino: No había –no hay– escapatoria ¡el Oráculo no yerra!

Los humanos que conocían y asumían su destino no caían en la trampa de la esperanza. Trampa en la que se enredaban los y las que se negaban a aceptar el Oráculo, y de este modo hacían de su vida una lucha para escapar de lo predestinado. La esperanza es una fuga, una evasión de lo destinado.

El destino es un hecho, no un problema, luego es inapelable e irremediable, por lo tanto, no tiene solución: Frente a los hechos hay que decidir no buscar soluciones. Interpretar un hecho como un problema es una forma de evadir la toma de decisiones. Un sujeto que asume su destino es un sujeto que descubre que, está en él el decidir las actitudes con las cuales va a recorrer el camino hacia su predestinación. Otros hacen del recorrido “un camino de esperanza”, un camino para buscar soluciones: una forma de evadir la decisión. Tienen la esperanza de que el destino se pueda solucionar. He aquí el conflicto y la crisis: ¿Cuáles son las actitudes y acciones más adecuadas para transitar el camino hacia el destino? El humano que conoce su destino, a pesar de conocerlo, no sabe en qué momento se cumplirá: ¡Hermosa ironía de la respuesta!

Teniendo en cuenta lo que plantea Nietzsche en su aforismo, desde el aspecto genealógico, se puede dar cuenta cómo se ha convertido la esperanza, mediante los procesos de interacción simbólica, en una “virtud”. Se ha implantado la evasión del destino como una de las tareas más elevadas. De esta manera, la búsqueda de soluciones se propone como la tarea más importante durante la vida. El humano ha caído en la red de la esperanza como un procedimiento para encontrar una solución al destino. Se cree en las soluciones para la vida no en la decisión de vivir. En la búsqueda de soluciones el humano se ha olvidado de la importancia que reside en el decidir la actitud más adecuada para vivir. El considerar al destino como un problema convierte a la vida también en un problema; estipulación que obliga a transitar por la vida como un problema que se debe solucionar, lo que dificulta asumirla. El humano ha reducido su vida a dedicarse a luchar con un oponente que siempre va a vencer ¿no es acaso una estupidez gastar la vida en una lucha absurda contra el inapelable destino?

Aún vibra en mi cuerpo la respuesta de la pitonisa Teoclea. Gracias a ella, logré develar el enigma que se oculta tras el Oráculo. Pude vislumbrar en el

⁴ F. Nietzsche, *Aurora*, F. Sempere y compañía, España, 1912, págs. 33-34.

fondo de su voz el destino mío y el de los demás humanos... Lo que se oculta detrás del Oráculo es un destino común, inevitable e inapelable para todos: La Muerte.

La Muerte es un hecho no un problema, luego es inapelable e irremediable y el humano de todos los tiempos ha luchado contra ella, ha gastado su vida en buscar la inmortalidad como una solución a un destino imposible de vencer. Esta tradición –de los ya muertos– nos oprime aún. A pesar de que se ha comprobado que ninguno de ellos ha vencido y que desperdiciaron su vida en una lucha sin relevancia, seguimos intentándolo. Lo infortunado es que al buscar vencer a la Muerte no *vivimos* la vida: ¿Cuántas historias hemos leído, escuchado, de personas que al sentir la Muerte cerca se “arrepienten” de no haber vivido? El tiempo que se ha contado ya no vuelve más. ¿De qué sirve quejarse del sentido que se le dio a la vida cuando la Muerte se acerca? El humano es un temeroso de la Muerte y en tratar de evitarla *pierde* su vida.

El temor a la Muerte ha llevado a construir una serie de *tejidos* (paradigmas, dogmas e imaginarios sociales), que han sido sostenidos y reproducidos a través del tiempo, con el objetivo de estructurar una *realidad* que les dé seguridades y certezas a los sujetos que la conforman y construyen: como medio para “librarse” del conflicto. Las “certezas” las defienden *a capa y espada*; si *algo* las pone en duda, se sienten perdidos, llenos de pavor. Lo cual es un desencadenante de acciones violentas, ya sean de nivel: simbólico, sutil o directo, y, pueden ir dirigidas hacia: colectividades o grupos, sujetos o individuos particulares, e inclusive, se llega hasta prácticas autoagresivas tales como: los estados neuróticos, histéricos –Las adicciones. Lo importante es evitar a toda costa “algo” que ponga a temblar “la realidad”, que haga dudar “mi realidad”. Cualquier acto que se haga para lograr mantener el tejido lo más intacto posible, será catalogado como *heroico y supremo*. «El atractivo terrible que poseen las formaciones colectivas que se embriagan con la promesa de una comunidad humana no problemática, basada en una palabra infalible, consiste en que suprimen la indecisión y la duda, la necesidad de pensar por sí mismo, otorgan a sus miembros una identidad exaltada por participación, separan un interior bueno –el grupo– y un exterior amenazador. Así como se ahorra sin duda la angustia, se distribuye mágicamente la ambivalencia en un amor por lo propio y un odio por lo extraño y se produce la más grande simplificación de la vida, la más espantosa facilidad. Y cuando digo facilidad, no ignoro ni olvido que precisamente en este tipo de formaciones colectivas, se caracterizan por una inaudita capacidad de entrega y sacrificios; que sus miembros aceptan y desean el heroísmo, cuando no aspiran la palma del martirio.⁵».

⁵ E. Zuleta, *op. cit.*, pág. 11.

Lo cómico de tales construcciones es que buscan dar un sostén sólido, estable, para un “vivir tranquilo”. Construcciones que pretenden *designar una certeza “real” a los sujetos*. Pero ¿entonces por qué es que permanecen siempre a la defensiva, en “alerta”? ¿Acaso la “certeza” que tienen no es tan certera? No se puede *vivir tranquilo* con “certezas” que necesiten ser defendidas, legitimadas e impuestas; además una *certeza* es un hecho, y ¿no es acaso la Muerte el hecho más certero de todos?

El temor hacía el único hecho certero, muestra el miedo que se posee frente a la certeza ¿por qué? Porque vivimos en *una realidad construida sobre bases inestables*. Nos enseñan y aprendemos que pertenecemos a *la realidad más certera de todas*. Nos han enseñado a tenerle miedo a la Muerte: a la certeza y, por consiguiente, se construye la vida particular y colectiva, tomando como bases el miedo, la evasión y la *esperanza*. Sí, todas estas construcciones son fruto de la esperanza: son el intento de hallar una solución al problema de asumir enteramente la mortalidad y, por ende, de la vida misma. Se tiene el temor de *pensar y sentir por sí mismo*, ya que genera angustia el posesionarse y hacerse responsable de las decisiones que se toman en el transcurso de la vida. Se ha hecho del cinismo nuestro modo de vivir. Nos quejamos, pero no *hacemos* nada para dejar de quejarnos. Siempre hay una excusa, siempre hay un otro que me impide “ser yo mismo”, siempre hay un factor que me imposibilitó “ser feliz”, y otras tantas expresiones que escuchamos y decimos en nuestro diario vivir. No tenemos una plena conciencia de nuestra condición de mortales, de que vamos a morir algún día. Me pregunto: ¿será que una persona que se reconozca como mortal, que tiene el tiempo contado invertirá su tiempo en defender *falsos ideales*, en tener una actitud cínica frente a la vida, en fortalecer su narcisismo? ¿No reflexionará tal humano, acerca de cuál es el modo más adecuado para recorrer agradablemente el camino hacía su destino y que de acuerdo con sus decisiones depende que así sea? ¿No evitará al máximo perder el tiempo en lamentos y quejas que no le van a traer ningún beneficio?

Quizás se pensará que un humano que asuma su mortalidad se convertirá y actuará libertina e irresponsablemente; y tendrá como frase predilecta: “...y que importa. Igual me voy a morir”. Se presentará una actitud libertina e irresponsable en los sujetos que utilizan a “la Muerte” como una excusa para ser insensatos con su vida –este es un tipo de alienación. Además, dicha clase de sujetos viven presos en el displacer y la frustración. A pesar de su frase de cajón, andan inconformes con *la vida* y, en la mayoría de las veces, lo que buscan es llamar la atención del colectivo con sus “hazañas”: *Caen en la ridiculez de ser valientes por el miedo a la Muerte*⁶. A lo anterior se le suma

⁶Platón, «Fedón o del alma», *Diálogos*, Ediciones Universales, Colombia, 1990, págs. 135-136.

que, en algunos de ellos, se encuentren altos niveles de resentimiento y tienden a maltratar, ofender y manipular a los que le rodean. Hasta el suicidio es un acto de narcisismo, una forma de llamar la atención; un *escape* que deja al descubierto la incapacidad de asumir la vida, pero que se quiere dejar en la memoria del colectivo como un acto “sublime y digno” ...

Mientras que, la persona que acepta su condición de mortal no utiliza *la Muerte* como una excusa que sirva para “justificar” la actitud, mediocre y superficial, con la cual lleva su vida; la mortalidad no es un pretexto que le legitime hacer: “lo que se me dé la regalada gana”, de ser irresponsable con el otro. Al reconocer su naturaleza mortal *auténticamente*, reconoce la mortalidad en los que lo rodean. En consecuencia, se relacionará con los demás desde *la alteridad*, desde *la igualdad*. Sus relaciones con los otros serán un trato entre *iguales*, ya que «... sólo a un igual se le demuestra, a un inferior se le ordena, se le impone y se le intimida, a un superior se le suplica o se le pide, se le solicita, o se trata de seducirlo; para demostrar es sólo a un igual; el discurso mismo de la demostración implica que siempre tengamos en cuenta el discurso del otro, o como decía Kant, que seamos capaces de pensar en el lugar del otro; el discurso mismo de la demostración siempre dice: si, en gracia de la discusión, se me admite esta tesis, veamos lo que de ella podría deducirse: siempre admite que se le objete, es decir, trata al otro como un ser igual.⁷»

Todos los humanos somos iguales frente a la Muerte: el rico, el pobre, el tirano, el sumiso, el humilde, el orgulloso, el esclavo, el honrado, el ladrón, la prostituta, el pecador, el santo...: ¡Todos van a morir! ¡Nosotros vamos a morir! Desde esta perspectiva se puede plantear lo siguiente: el clasismo, las distinciones sociales, la discriminación, el racismo, son consecuencia de la incapacidad que poseen los sujetos para aceptar su naturaleza mortal, su destino. Tal vez, tal incapacidad, podría ser la causa de las problemáticas sociales, políticas y económicas que tanto han afectado al humano a través de su historia. Época tras época los humanos han ido construyendo múltiples tejidos que se introyectan, y, a los cuales se *sujetan* como si fuera “la realidad”, “la certeza”, originando esa necesidad de *creerse* poseedores de “la verdad”, de sentirse *superiores o inferiores*, en las relaciones que construyen los sujetos entre sí, anulando, por consiguiente, los procesos de comunicación, de reflexión o de crítica frente al discurso del otro y el propio. «No se puede respetar el pensamiento del otro, tomarlo seriamente en consideración, someterlo a sus consecuencias, ejercer sobre él una crítica, válida también en principio para el pensamiento propio, cuando se habla de la verdad misma, cuando creemos que la verdad habla por nuestra boca; porque entonces el pensamiento del otro sólo puede ser error o mala fe; y el hecho mismo de su diferencia con nuestra verdad

⁷ E. Zuleta, «Nietzsche y el ideal ascético», *op. cit.*, pág. 146.

es prueba contundente de su falsedad, sin que se requiera ninguna otra.⁸». No hay un trato entre iguales, sino desde la imposición y sumisión. Un trato desde: *la ley del narcisismo más fuerte*, del dominio de la estructura más legitimada, de la moral más aceptada, del tirano más poderoso. Las construcciones y deconstrucciones de sistemas se han ido convirtiendo en un problema para la existencia del humano. Es el precio que ha tenido que pagar la especie por luchar contra su destino, por evitar la angustia que trae recordar a la Muerte. Por ello, muchos sujetos han dedicado parte de su vida a estudiar los *tejidos*, las estructuras, con el propósito de proponer soluciones, mejorías, fortalecimientos. Albergan “la esperanza” de hallar fórmulas que les permita, desde la misma estructura, dar respuestas a los problemas humanos, a la existencia: Un gran juego de inmortales; pero ¿cómo sería una sociedad donde los humanos que la conformen se reconocieran como iguales frente a la Muerte?

Un mortal no desperdiciaría su tiempo en buscar “soluciones”, *respuestas reveladoras*: Él no tiene tiempo para esperar que se le den *las cosas*; él decide *las cosas* que considera necesarias para una existencia gratificante. Si no las consigue, ni se queja ni se lamenta: no reduce su existencia a meras *cosas*. Es consciente que, de acuerdo a sus decisiones, a su actitud, residirá lo agradable o desagradable que pueda ser su peregrinaje hacia la Muerte. Los “inmortales”, por su parte, se alaban por buscar *soluciones y respuestas* a una infinidad de *problemas y preguntas* que consideran como las causantes de la *infelicidad* que les aqueja y atormenta. Esperan, al resolverlas, poder alcanzar *una vida tranquila*, sostenida por la “certeza” especulativa de interpretaciones acomodadas a la medida de su narcisismo. Los “inmortales” *luchan* por hacer de la *realidad* una extensión de sus “verdades”, de sus estructuras internas.

En los sermones medios, Siddharta Gautama, el Buda, expone en un relato con gran claridad el *problema* que afecta a los sujetos, la empecinada búsqueda de respuestas, de “verdades”: «Supongamos que uno viene y os dice: “Pues yo no seguiré la vida de pureza que enseña el Bienaventurado hasta que él no me aclare si el mundo es eterno o no es eterno, si es infinito o no es infinito; si el cuerpo y el alma son una misma cosa, o dos cosas distintas; si el Perfecto perdurará después de la muerte, o si no perdurará, o si perdurará y no perdurará al mismo tiempo, o si ni perdurará ni dejará de perdurar”. Ése sí que morirá antes de que el Perfecto pueda acabar de darle todas las explicaciones que pide. Es como uno que le hubiesen herido con una flecha emponzoñada, y sus compañeros, amigos y parientes hubiesen traído un cirujano para curarle, y el herido les dijese: “Ah, ¡no! Nada de sacarme la flecha mientras no sepa quién me ha herido: si es de casta de guerreros, de sacerdotes, de plebeyos o de siervos; cómo se llama, y cuál es su linaje; si es alto, bajo o mediano...” Qué

⁸ E. Zuleta, «Elogio de la dificultad», pág. 12.

duda cabe de que ése moriría antes de que pudiesen contestarle todas sus preguntas. De igual modo, el que se niegue a practicar la vida de pureza antes de que le aclaren todas las cuestiones sobre si el mundo es eterno o no, y todo lo demás, no cabe duda de que morirá antes de que el Perfecto pueda acabar de darle todas las explicaciones que pide. “El mundo es eterno”, “el mundo no es eterno” ... Todo eso no son sino opiniones y puntos de vista... pero lo cierto es que hay que nacer, envejecer y morir, que hay pena y lamento, dolor, aflicción y tribulación, y lo que yo os enseño es la eliminación de todo eso en este mismo mundo.⁹». No creo que haya un relato más revelador de la condición del humano.

El sujeto permanece indagando acerca de su situación: buscando, escudriñando respuestas, como requerimientos para sacarse la flecha o más tético, no se la permite retirar sino se han resuelto sus interrogantes ¿No sería más *razonable*, primero sacarse la flecha envenenada y después de estar a salvo, investigar? Aunque después de curarse ¿Qué pertinencia hay en gastar tiempo para averiguar o investigar sobre algo que ya se *sano*?

Un “inmortal” pospone las decisiones a su capricho. Considera, desde su fantasía, que dispone de: “todo el tiempo del mundo”; para él es imposible *vivir* “con tantos interrogantes sin resolver”. Es un placer que un *mortal* no se permite: perder el tiempo. No invierte *su* tiempo colocando condiciones a aquello que puede hacer de su existencia, una exaltación.

Es necesario explicar, antes de continuar, la diferencia que hay entre la actitud con la cual pregunta “un inmortal” a *un mortal*. El primero pregunta con la *esperanza* de hallar soluciones a su vida —para él la vida es un problema; el segundo se pregunta acerca de cuál es la decisión más adecuada para su viaje hacia la Muerte. En este último la pregunta en sí misma es *acción*, a diferencia del primero, en el cual la pregunta es *autopersuasión*, evasión. De paso aclararé, que no pretendo caer en una discusión *teológica y religiosa*, como tal. De todas maneras, si hay otra vida, si hay que resucitar o reencarnar ¡hay que morir primero! Es un paso obligatorio que ningún texto religioso niega o evade, es más, en los Vedas, la Biblia, los Upanishads, el Gurú Grant Sahib, el Corán; al igual que los profetas, los Gurús, los Budas, iluminados, Cristos, toman a la Muerte como fundamental, ya que es la que marca el límite en el que se debe efectuar el *trabajo* encomendado. Aclarando las anteriores cuestiones, prosigamos.

La *vida de pureza*, que nombra Siddharta Gautama, el Buda, en su relato, es en la cual reside el conflicto que el humano de todos los tiempos ha querido evadir: que el reconocer su naturaleza mortal le exige llevar una *vida de pureza*, una vida ascética, sumergida, como diría Nietzsche, dentro de la *Voluntad de*

⁹ Buda, «Majjhima Nikaya (Sermones Medios)», en A. Solé-Leris, *La meditación budista*, Martínez Roca, España, 1995, págs. 20-21.

dominio (y de poderío): «Del ideal ascético podríamos decir que consiste en que un ser tome como su propia idea, como criterio de su propia realización, no la satisfacción de sus deseos, sino el control adquirido sobre sus deseos; no la dureza contra sus enemigos, sino contra sí mismo; que considere como su propio ideal y su máximo criterio de autovaloración el sometimiento de sus propias tendencias.¹⁰». El ascetismo que aquí se propone no es una “vía de represión”, de martirio o de *neurosis*; es más bien una vía que conduce hacia el dominio de «sí mismo»; es un dejar de ser esclavo de las tendencias y pasiones, e ir desarrollando la capacidad para decidir, por encima de las estructuras narcisistas y del cuerpo, lo más adecuado para recorrer el camino hacia la Muerte.

Aquel que sigue la *vida de pureza* es el *verdadero filósofo*, quien trabaja durante su vida en prepararse para la muerte.¹¹ La vida de pureza que asume el filósofo es la vía ascética, que lo instiga a fortalecer *su* templanza, como un procedimiento para no ser prisionero de sus propias tendencias, pasiones y *estructuras*; orientándolo a entregarse de sobremanera a *su ideal*. De acuerdo con el individuo (o sujeto), se le da el sentido al ascetismo: «...una cosa es su sentido según el santo, y otra cosa es su sentido según el filósofo, nos dice Nietzsche. El filósofo quiere encontrar las condiciones en las cuales se es lo menos esclavo posible de los negocios, de las necesidades inmediatas, de los halagos, de la gloria; lo que le dé más independencia y más vuelo a su pasión fundamental, lo que le dé más libertad a su pasión fundamental; el pensamiento no trabado por sus consecuencias inmediatas. En el santo podría ser otra cosa, por ejemplo, un negocio: “en esta caja de ahorros de la vida yo invierto sufrimientos que luego me reportarán inmensos beneficios en la otra vida”. Así habla el santo.¹²». La entrega a *su* pasión fundamental es lo que le confiere, a la *vía ascética*, su propósito. La pasión fundamental es para él (filósofo) *su ideal* de existencia, es la *luz* que le aclara y orienta *el camino* hacia la Muerte. Sin un *ideal* claro, la vía ascética no concedería su efecto favorable. La *vía ascética* es fruto del *ideal*, de la pasión, que se haya escogido.

Sin embargo, la mayoría de los sujetos, igualmente siguen “ideales” que son producto de sus construcciones: otra *sujetación*, otro medio para evitar las “dificultades y sufrimientos”; una ilusión de un fin, pero por el cual no se lucha. Dichos “ideales” son una excusa formal y aceptada colectivamente. Se *comprenden y legitiman*, las incapacidades, las dificultades que obstaculizan obtener lo *deseado* y sirven para aislarse y evitar la dialéctica con *un mundo exterior y amenazante*. La *idealización de la meta*¹³ hace del sujeto, en algunas

¹⁰ E. Zuleta, «Nietzsche y el ideal ascético», pág. 143.

¹¹ Platón, *op. cit.*, pág. 132 y sigs.

¹² E. Zuleta, «Nietzsche y el ideal ascético», pág. 147.

¹³ E. Zuleta, «Elogio de la dificultad», pág. 10 y sigs.

circunstancias, un tirano; suprimiendo el diálogo crítico, hace de su relación con los demás, un trato instrumentalista y discriminatorio, donde: “todo aquel que no esté dentro de mis parámetros es malo”. Se debe explicar que los sujetos no poseen ideales sino *idealizaciones*, las cuales les sirven como *círculos protectores*, son una ilusión construida para evitar lo que les perturbe su “certeza”. Cuando una serie de sujetos se adhieren a una misma idealización; por ejemplo, estructurar una “sociedad justa”, el proceso que efectúan para lograr el proyecto es sumamente injusto y agresivo con todos aquellos que no *se sometan* a sus parámetros: Juegos de “inmortales”.

La angustia es el costo que lleva no aceptar la finitud de la vida. El humano que no se reconoce como mortal, buscara *sujetar* su vida a: idealizaciones, consensos, estructuras, fantasías, creencias, teorías, represiones, culpas, castigos, como mecanismos que lo salven de la angustia. Lo nefasto es que no lo consiguen.

Cuando un humano reconoce su naturaleza efímera, no invierte su tiempo en inventar *artificios* ni en sujetarse a nada; no se aliena a *idealizaciones* colectivas ni propias. Para él son un desgaste, una opresión que le impedirían asumir con total intensidad su finita vida. En cambio, los sujetos optan por las construcciones, lo convenido; las ilusiones que les den “certezas”. El humano que se reconoce como mortal prefiere *las incertidumbres que brinden libertad*, ya se cansó de: «la búsqueda de amos, el deseo de ser vasallos, el anhelo de encontrar a alguien que nos libere de una vez por todas del cuidado de que nuestra vida tenga un sentido. Dostoievski entendió, hace más de un siglo, que la dificultad de nuestra liberación procede de nuestro amor a las cadenas. Amamos a las cadenas, los amos, las seguridades porque nos evitan la angustia de la razón.¹⁴», de la Muerte.

Para lograr la libertad *el asceta* ha tenido que indagar las *estrategias y técnicas* más adecuadas bajo la guía de *su ideal* y la Muerte. Éstas son de una naturaleza sumamente práctica, pero demoledoras y arrasan con las estructuras de *sujetación interior y exterior*, permitiendo la transmutación del sujeto en individuo. Podemos encontrar representado en el «Zarathustra» de Nietzsche la descripción del proceso de desujetación, en el discurso de “Las tres Transformaciones (del espíritu)”. Aquí describe: «...cómo el espíritu se transforma en camello, el camello en león, y finalmente el león en niño.¹⁵». El *camello* es el primer paso de la *vía ascética*; consiste en que el sujeto se reconoce como *sujeto* a estructuras que le impiden *ser libre*. Mide la fortaleza que dice tener hacia *su ideal*; “cargándose” con todo *aquello* que le permita *doblegar su soberbia, su narcisismo*. Tempa su espíritu con el ayuno y la

¹⁴ E. Zuleta, loc. cit., pág. 14.

¹⁵ F. Nietzsche, *Así habló Zarathustra*, Planeta-Agustini, España, 1992, págs. 41-43.

restricción de todo aquello que lo aleje de *su ideal*. Busca dominarse y conocerse a “sí mismo” y con las *cargas marcha hacía su desierto*, y en lo más solitario del desierto se encuentra con *el dragón* del “tú debes”; con “todo aquello” que lo tienta, que lo fuerza a abandonar *su camino, su ideal*, por lo establecido en el *lugar común*: «Pero en lo más solitario de ese desierto se opera la segunda transformación: en león se transforma el espíritu, que quiere conquistar su propia libertad, y ser señor de su propio desierto. Aquí busca a su último señor: quiere ser amigo de su señor y su Dios, a fin de luchar victorioso contra el dragón.¹⁶», *el león* de el “yo quiero”, se levanta victorioso sobre *el dragón* de el “tú debes”. Es como un *San Jorge*, un *Teseo*, que *deben* enfrentar *su dragón, su Minotauro*; para poder acceder a *su tesoro, a su Ariadna*. Ya no son *su objeto de amor*, son *su ser de amor*^{**} y este *ser de amor, su ideal*; le dan el impulso, la fortaleza necesaria para enfrentar el *dragón*. Únicamente aquel *león que asuma su lucha* con valentía, templanza y fortaleza, llegará a *su tesoro, a su ideal*. Al encontrarse *el león* con *su tesoro* se transforma en *niño*: «Sí, hermanos míos, para el juego divino del crear se necesita un santo decir “sí”: el espíritu lucha ahora por *su voluntad propia*, el que se retiró del mundo conquista ahora *su mundo*.¹⁷» *El niño*^{***} “crea su juego” y lo juega con toda la intensidad de *su espíritu*; padeció una serie de sacrificios y luchas para alcanzar *su ideal, su ser de amor, su mundo* y ahora va a *jugar* con y dentro de Él con toda la intensidad posible de *su amor*. «La madurez de *un humano* es haber vuelto a encontrar la seriedad con la que jugaba cuando era niño.¹⁸»^{****} (Aforismo 94). *El camello, el león y el niño*, al igual que *el tesoro, el ideal*: son medios; hay que evitar considerarlos como fines. Busca *el espíritu transmutarse en niño* como medio para alcanzar *su ideal*; al igual que *su ideal* es un medio que impulsa al sujeto a desarrollar *su voluntad de dominio* para llegar al estado de individuo (*de niño*). Hasta la vida misma es un medio para morir. El hacer de los *medios* fines es pretender “certezas”. El discurso de Nietzsche describe el proceso de transformación de aquel que busca y que vive en la libertad de su decisión; de aquel que peregrina hacia *su ideal* “*ligero de peso*”.

El que ha tomado el camino de la *transmutación*, se percata de que no está solo durante su travesía; tiene la compañía más fiel y leal, de alguien que nunca lo abandonara en la vida: la Muerte.¹⁹

¹⁶ F. Nietzsche, loc. cit.

^{**} La estructura narcisista percibe *el mundo* y lo que éste contiene como *objetos*. Cuando hay ausencia de narcisismo, se percibe *el mundo* y lo que éste contiene como *seres*.

¹⁷ F. Nietzsche, loc. cit.

^{***} Ser *niño* es diferente al estado infantil. El estado infantil es de índole egoísta y caprichoso, dado por el desarrollo evolutivo, a diferencia de estado de *niño* descrito por Nietzsche que es espiritual.

¹⁸ F. Nietzsche, *Más allá del bien y del mal*, Editores Mexicanos Unidos, México, 1981, pág. 81.

^{****} La cursiva es mía, en el original es “hombre”, la cual la modifiqué para evitar la exclusión de género, parámetro que seguiré manteniendo en las citas que así lo requiera, para lo cual se reconocerá por la aparición de “humano” en cursiva.

¹⁹ C. Castaneda, *Viaje a Ixtlán*, Fondo de Cultura Económico, págs. 52-64.

«¿Cómo puede uno darse tanta importancia
sabiendo que la muerte nos está acechando?»²⁰

Don Juan Matus.

Para aquel que transita el camino hacia *su ideal*, la Muerte no le preocupa ni le atormenta, *sabe que está ahí a su lado esperándolo*. Principio que lo libera de la angustia y del temor. «Acostúmbrate a pensar que la muerte nada es para nosotros, porque todo bien y todo mal residen en la sensación y la muerte es privación de los sentidos. Por lo cual el recto conocimiento de que la muerte nada es para nosotros hace dichosa la mortalidad de la vida, no porque añada una temporalidad infinita sino porque elimina el ansia de la inmortalidad. Nada terrible hay en efecto, en el vivir para quien ha comprendido realmente que nada temible hay en el no vivir. De suerte que es necio quien dice temer a la muerte, no porque cuando se presente haga sufrir, sino porque hace sufrir en su demora. En efecto, aquello que con su presencia no perturba, en vano aflige con su espera. Así pues, el más terrible de los males, la muerte, nada es para nosotros, porque cuando nosotros somos, la muerte no está presente y, cuando la muerte está presente, entonces ya no somos nosotros. En nada afecta, pues, ni a los vivos ni a los muertos, porque para aquellos no está y éstos ya no son. Pero la mayoría unas veces huye de la muerte como del mayor mal y otras veces la prefiere como un descanso de las miserias de la vida. El sabio, por el contrario, ni rehúsa la vida ni teme a la muerte; pues ni el vivir es para él una carga ni considera que es un mal el no vivir.²¹». La Muerte es la mejor consejera, recuerda constantemente que no hay tiempo y que, de acuerdo con esta carencia, los actos deben fluir. Cada movimiento, acción, pensamiento que se está realizando ahora, puede ser el último, por consiguiente, se debe dar lo mejor de *sí mismo* en todo momento. Por lo tanto, nuestra compañera nos recuerda que no se deben postergar las decisiones y los cambios. Si es necesario dejar algo ¡se deja de inmediato! ¡La flecha se retira de inmediato! La Muerte no considera los procesos de cambio, la continuidad es una ilusión: «igual que la rueda de un carruaje, tanto si gira como si está parada, no toca la tierra más que en un punto de la llanta, asimismo la existencia de los seres vivientes se reduce a un sólo instante consciente.²²». Lo triste es que la mayoría del tiempo no tenemos consciencia del presente que agoniza, perdidos en el pasado, el futuro o ensoñaciones. No hay excusas válidas frente a la Muerte... así que, le enseñaba Don Juan a Carlos Castaneda, en los momentos donde la impaciencia nos invada, donde sintamos que todo está saliendo mal y que no hay escapatoria.

²⁰ C. Castaneda, *loc. cit.*, pág. 61.

²¹ Xuliocs (España). *Epicuro: Carta a Meneceo* [en línea]: <www.xuliocs.com/cartamenec.htm>, [Consulta: 22 nov. 2006].

²² Buda, «Visuddhi Magga», en *La meditación budista*, pág. 50.

Pregúntale a tu fiel compañera y «tu muerte te dirá que te equivocas; que nada importa en realidad más que su toque. Tu muerte te dirá: “Todavía no te he tocado.”²³». Además, el narcisismo, la mezquindad, la cobardía se dejan o disminuyen, al recordar la finitud de la vida.

Profundicemos un poco acerca del concepto de camino, de vía, *odos*: del cual se deriva el concepto de *methodos*, método, camino, vía: «las vías del ser, del que es: la vía de la *aletheia*, la verdad, el desvelamiento, la patentización, la manifestación de lo real...²⁴» (Los estilos de la filosofía: Heráclito. Julián Marías), siendo opuesto a la *doxai brotón*: “La opinión de los mortales”, considerada por Parménides como juzgar la percepción aparente como lo verdadero de un hecho o fenómeno, negando el ejercicio de la indagación e investigación. El sujeto que anhela ser individuo elige el camino del desvelamiento, de la filosofía: la vía ascética. Es un sujeto que no se conforma con lo aparente, con lo inmediato. Se ha dado cuenta de que *el narcisismo es la medida de todas las cosas*; ya no confía en esa medida reduccionista, burda y tosca para aprehender e interpretar *el mundo*. Para dar cuenta de la aseveración planteada, sólo basta con observar “la realidad” que ha construido el humano... Por esta razón, lucha para observar *el mundo* por encima de su estructura narcisista, de su *importancia personal*.²⁵

Nietzsche nos dice: «El ojo, sea perspicaz o débil, no ve más que hasta cierta distancia.²⁶» (Aforismo 117); para referir que medimos *el mundo* con arreglo a nuestras percepciones, que nuestros sentidos nos encierran y, por consiguiente, basándose en ese arreglo, medimos la vida de todos los demás seres, siendo un gran error: «Los hábitos de nuestros sentidos nos envuelven en un tejido de sensaciones mentirosas que son la base de todos nuestros juicios y de nuestro entendimiento. No hay salida, no hay escapatoria, no hay atajo alguno hacia el mundo real. Estamos en nuestra tela como la araña, y sea lo que quiera que cacemos, no podrá ser nunca más que aquello que se deje enredar en la tela.²⁷» (Aforismo 117). Pero el mismo Nietzsche nos dice en un aforismo posterior: «*El ojo purificador*. —Se debe hablar de genio, tratándose de *humanos* como Platón, Spinoza, Goethe, en los cuales la inteligencia está ligada muy flojamente al carácter y temperamento, como un ser alado que se separa con facilidad de ellos y que entonces puede volar á grande altura por encima de ellos. [...] poseen el *ojo purificador*, que no parece salir de su temperamento ni de su carácter, sino que, libre de ellos y a veces en una amable contradicción con ellos, considera al mundo como si fuera un Dios y ama á ese Dios. Pero ese

²³ C. Castaneda, *op. cit.*, pág. 63.

²⁴ Editora Mandruva (Brasil). *Los estilos de la filosofía* [en línea]: Special Collections. <www.hottopos.com/rih4/mariasj.htm>, [Consulta: 22 nov. 2006].

²⁵ C. Castaneda, *op. cit.*, pág. 41 y sigs.

²⁶ F. Nietzsche, *Aurora*, pág. 89.

²⁷ F. Nietzsche, *loc. cit.*

ojo tampoco les ha sido dado de una sola vez. Hay una preparación y un aprendizaje en el arte de ver, y el que tiene verdadera suerte encontrara á tiempo un maestro que le enseñe la visión pura.²⁸» (Aforismo 497). El camino y la práctica de la filosofía consiste en estimular el *ojo purificador* (*o del alma*), para lograr percibir *el mundo* más allá de la estructura narcisista y de los sentidos corporales. Proceso llamado por Sócrates *morir en vida* y lo explica en el diálogo, que compila Platón bajo el nombre de Fedón (o del alma), como un trabajo que consiste en percibir *el mundo por encima de mí**** mismo*²⁹. «Pero “aquel mundo” permanece muy oculto a los ojos del *humano*, aquel inhumano mundo deshumanizado no es sino una celestial nada; y las entrañas del ser no le declaran nada al *humano*, al no ser en forma *humana*. En verdad, es difícil demostrar el ser, y es difícil hacerle hablar. Decidme, hermanos míos, la más extraordinaria de todas las cosas, ¿no es acaso la mejor demostrada?³⁰» Y aún no nos es suficiente demostración la historia de la especie y la propia, para darnos cuenta del sufrimiento en el cual anda sumergida nuestra vida por la estructura narcisista. Por dicha razón es que Zarathustra exhorta a la especie con su frase: ¡El *humano* es algo que debe ser superado!

Zarathustra nos dice también: Hay que amar por encima de nosotros mismos. No se puede amar con la estructura narcisista, ya que dicha estructura imposibilita reconocer auténticamente *el ser de su amor*. Desde la estructura narcisista todo se percibe como *objetos*. Por esto, el vínculo que establece el narcisismo con *el mundo* y lo que éste contiene es una relación instrumentalista, en tanto que los considera como *objetos* que deben servirle, que deben amoldarse a sus cánones: «El masoquista necesita del sádico como el sádico necesita del masoquista. Las relaciones humanas no han sido más que esto, no han ido más allá del círculo de la dependencia: relaciones esclavistas que se han categorizado y adornado con calificativos como: “virtud”, “amor”, “amistad”, “altruismo”: *El humano es la medida de todas las cosas*.³¹» Por consiguiente las relaciones entre los sujetos son de índole utilitarista e instrumental, cuando se relacionan con el otro lo usan: «Unos van al prójimo por que se buscan a sí mismos, y otros lo hacen por que quisieran perderse. Vuestro amor a vosotros mismos es lo que convierte en prisión vuestra soledad.³²» Y a tal uso lo llamamos “virtud.”

Aquel que sigue el camino de la *aletheia*, de la filosofía, va desocultando “aquel mundo” *oculto a los ojos del humano* a través de su “ojo”. Y ve a “aquel mundo” y a todo lo que contiene, ya no como *objetos* sino como *seres*. Deja de

²⁸ F. Nietzsche, *op. cit.*, pág. 236.

**** Es necesario aclarar que dicha percepción es por encima del “Yo”, el cual es diferente del “Sí Mismo”.

²⁹ Platón, *op. cit.*, págs. 125-183.

³⁰ F. Nietzsche, «De los de detrás del mundo», *Así habló Zarathustra*, pág. 48.

³¹ Cita extraída de un texto que aún me encuentro construyendo.

³² F. Nietzsche, «Del amor al prójimo», *op. cit.*, pág. 81.

reducirlos *a su medida*, a instrumentalizarlos: no los define. Ha aprendido el arte de hacerse *inaccesible*: «Ser inaccesible significa tocar lo menos posible el mundo que te rodea. No comes cinco perdices; comes una. No dañás las plantas sólo por hacer un foso para barbacoa. No te expones al poder del viento al menos que sea obligatorio. No usas ni exprimes a la gente hasta dejarla en nada, y menos a la gente que amas. [...] significa que no estás hambriento como el hijo de puta que siente que no volverá a comer y devora toda la comida que puede, ¡todas las cinco perdices! [...] ser inaccesible no significa esconderse ni andar con secretos. Tampoco significa que no puedas tratar con la gente. Un *inaccesible* ***** usa su mundo lo menos posible y con ternura, sin importar que el mundo sean cosas o plantas, o animales o personas o poder. Un *inaccesible* tiene trato íntimo con su mundo, y sin embargo es inaccesible para ese mismo mundo. [...] Es inaccesible porque no exprime ni deforma su mundo. Lo toca levemente, se queda cuanto necesita quedarse, y luego se aleja raudo, casi sin dejar señal alguna.» (Don Juan Matus).³³

A lo largo de toda la obra de Carlos Castaneda, se puede apreciar todo el proceso de enseñanza, dada por Don Juan a Carlos, para que aprendiera el arte de *ver el mundo* con otros ojos, y así cambiar la aprehensión de éste. Don Juan le decía a Carlos: «Para ti el mundo es extraño porque cuando no te aburre estas enemistado con él. Para mí el mundo es extraño porque es estupendo, pavoroso, misterioso, impenetrable; mi interés ha sido convencerte de que debes hacerte responsable por estar aquí, en este maravilloso mundo, en este maravilloso desierto, en este maravilloso tiempo. Quise convencerte de que debes aprender a hacer que cada acto cuente, pues vas a estar aquí sólo un rato corto, de hecho, muy corto para presenciar todas las maravillas que existen.³⁴» Para “ver” *el mundo*, Don Juan le explica a Carlos que se necesita de un aliado, de una fuerza o espíritu del *otro mundo*, para que le cambie la percepción del *mundo de los humanos*.³⁵

Los sujetos al tener una percepción distorsionada *del mundo*, permanecen en un estado de *engaño*, y, por consecuencia, sus actos y argumentos son también de esta naturaleza: «No solamente miente quien habla en contra de lo que conoce, sino, ante todo; quien habla en contra de lo que no conoce; y así es como vosotros habláis de vosotros en sociedad, y, además de a vosotros, mentís al vecino.³⁶» La percepción engañosa, imparte y produce conocimientos torpes e inadecuados, y deja por resultado un mal aprendizaje y una mala enseñanza:

***** El subrayado es mío, en el original es “cazador.”

³³ C. Castaneda, *op. cit.*, págs. 107-108.

³⁴ C. Castaneda, *op. cit.*, pág. 122.

³⁵ C. Castaneda, *op. cit.*, págs. 319-365.

³⁶ F. Nietzsche, «Del amor al prójimo», *op. cit.*, pág. 81.

«Sabemos demasiado poco y aprendemos mal: por ello tenemos que mentir.³⁷» Lo aquí mencionado es el origen de que estemos convencidos de que *la vida, el mundo*, “es así” y que no podemos hacer nada para cambiarlos. Sí, eso es cierto, *la vida y el mundo* no se pueden cambiar. Pero si podemos cambiar el modo de percibirlos. Al aceptar lo fugaz de nuestra presencia, en este *extraño mundo*, trataríamos de darnos la posibilidad de aprovechar: *este presente que agoniza*: en el más grande regocijo. Porque de cada uno de nosotros depende, la templanza y la *voluntad de dominio*, para ser dichosos, para buscar *el tesoro*. No hay excusas, no hay lamentos; ni racionalizaciones o teorías que solventen y salven: una *vida miserable*, irresponsable o mediocre frente a la Muerte.

Hay que aprender entonces a: amar por encima de nosotros mismos *el mundo*, la vida y a la Muerte, y para conseguirlo, hay que asumir el trabajo de transmutamos en *el niño*. Ya es hora de quitarnos las esperanzas y los problemas, de sacarnos de una vez por todas la flecha envenenada. Sí, puede doler. Pero recordemos las palabras de Epicuro, en cuanto a que, es preferible un pequeño dolor que traiga como consecuencia un gran placer; a un gran placer que conlleve a un gran dolor. Es necesario limitar nuestros deseos, pasiones y tendencias, para no inundarnos de tanta frustración y tristeza. No hay que permitimos caer en las excusas y justificaciones que nos obstaculicen el salir de *sí mismo*. Es necesario dejar de fingir-nos, de aparentar que estamos sanos: ¡Hay que cambiar y ya! No para o por los demás, sino por y para nosotros mismos. La Muerte nos está esperando y no podemos hacer nada para evitarla. Si se cambia, si no se cambia, igual se va a morir; pero es muy diferente vivir sin angustias que, con éstas, y está, en nuestras decisiones que así sea. Además, solamente tenemos esta vida para lograrlo.

La evasión del conflicto y de la Muerte, es *un camino de esperanza*; una vía para eludir la responsabilidad de decidir y asumir la responsabilidad de nuestros actos. Dicha evasión, deja como resultado el fortalecimiento del narcisismo, la actitud de acomodar *el mundo* a su medida, a la medida de su percepción e interpretación: entonces se le huye al conflicto y a la Muerte por el miedo a *soltar* las estructuras (internas y externas) y se opta por refugiarse en la esperanza.

El humano-sujeto, a causa de su estructura narcisista, se relaciona de modo *instrumentalista* con *el mundo* y lo que éste contiene. Para el sujeto son *objetos* que “usa y utiliza” a su acomodo. Cuando un *objeto* le es útil, para sus intereses y necesidades, y generan en él, una gran emoción y satisfacción lo denomina: “amor”; ¡lo cual es erróneo! No se puede amar desde el narcisismo. El humano-sujeto tiene miedo a *salir de sí mismo*, y, por consiguiente, tiene temor, de dejar de ser narciso; de ver *el mundo* y lo contenido en él como *seres*

³⁷ F. Nietzsche, «De los poetas», *op. cit.*, pág. 150.

libres de su definición, de su medida. Se puede decir, entonces, que el humano-sujeto evade el conflicto y la Muerte porque teme al *amor*.

El *amor* exige un trabajo, *un camino ascético*, para demoler las estructuras y sujetaciones (internas y externas), de dejar “el mundo construido y de objetos”. El *amor* es un estado en el cual se percibe *el mundo* y lo que alberga como *seres*. Y a “aquel mundo” para disfrutarlo, exige la desujetación de todo. El sujeto debe *transmutarse en niño*.

Desde su caverna, en la compañía de *su león, serpiente y águila*; habla³⁸ *el niño* Zarathustra: Yo me vencí a mí mismo y yo amo al mundo por encima de mí.³⁹ «“Yo mismo me ofrezco a mi amor; y *a mi prójimo como a mí mismo*.”: éste es el lenguaje de todos los creadores. Mas todos los creadores son duros.⁴⁰» Hablad en el lenguaje de los que se han transmutado en *niños*, libres de todo tejido. Amigos míos: El humano es algo que debe ser superado. Para lograrlo debéis «Amar por encima de vosotros mismos, ¡*Aprended*, pues, primero a amar! ¡Apurad para ello sin reservas el amargo cáliz de vuestro amor! Amargura hallaréis hasta en el cáliz del mejor amor: ¡Por eso el amor despierta la sed del superhumano, por eso te da sed, creador! El amor es una antorcha que debe guiarnos hacia caminos más altos.⁴¹» Permitid que los guíe más allá del encierro de vuestras *medidas* dadas por vuestros sentidos. Salid pronto de la telaraña, para daros cuenta de que no es necesario, para percibir *el mundo*, que se enreden, en la tela, *las cosas*. Pero recordad que: «Quién libero su espíritu sigue necesitado de purificación: queda aún en él mucho de cárcel y moho: Su ojo tiene aún que volverse puro.⁴²» ¡*Aprended*, amigos, pronto, el arte de “ver” con visión pura! Amigos míos: ¡Apurad, a purificaros vuestro “ojo”, para que comprobéis la existencia de “aquel mundo” que permanece muy oculto a los ojos del humano! ¡Apurad, que la Muerte os puede tomar antes de que lo logren!

*Concluir, al final: El tiempo llama a la Muerte. Cronometrado
luminosamente por la misteriosa dama. (La racionalización
opaca la claridad de la medida).*

*Las esperanzas de crear un destino se disipan al vibrar
de la pitonisa. El Oráculo reza: “Hagas lo que hagas o
dejes de hacer: carece de sentido: La Parca te espera”.
Antiquísima tragedia que genera el único drama de la
existencia: esa tragedia del hacer o no hacer frente a la Muerte...*

³⁸ Recreación realizada con diferentes apartes de los libros: *Así habló Zarathustra* (De los de detrás del mundo, De los misericordiosos, Del hijo y del matrimonio, Del árbol de la montaña) y “Aurora” de Nietzsche, y del libro *Viaje a Ixtlán*.

³⁹ F. Nietzsche, «De los de detrás del mundo», *op. cit.*, págs. 47-50.

⁴⁰ F. Nietzsche, «De los misericordiosos», *op. cit.*, pág. 109.

⁴¹ F. Nietzsche, «Del hijo y del matrimonio», *op. cit.*, págs. 90-91.

⁴² F. Nietzsche, «Del árbol de la montaña», *op. cit.*, pág. 61.

*Estés o no estés a mi lado. Cualquiera que sea tu decisión
¡no importa! (Consuelo que no consuela...)
tenemos el mismo destino (!)*

*Comprensión injustificable: La creación de innumerables
metafísicas religiosas, argumentos y teorías; que pretenden
una solución artificiosa de la tragedia:
He aquí el sustento de la comedia humana:
¡El sufrimiento que trae recordar la Muerte!
Lo cual fecunda la infructuosa búsqueda
de la eternidad, del deseo de ser dioses!*

¡Zeus, tú Olimpo es ahora, tu tumba!

Bucaramanga, 29 de abril de 2004.
(Correcciones, agosto-noviembre de 2006)
(Ampliaciones y correcciones, abril de 2007)
(Ampliaciones y correcciones, julio de 2022).

Agradecimientos a: Mauricio Cruz, Javier Jaimes, Raúl Camacho, Julio César Spinel, por las revisiones al texto; a Paula Ortiz, Everlide Porras, Sandra Cárdenas, Andrea Montañez, Liset Argüello, compañeras de clase, por colaborarme con los trabajos de la universidad para poder escribir el texto; a David Fajardo, Oscar González y Marina Luna por permitirme usar sus computadoras, impresoras e Internet y a Oscar López (presidente del CSH) por la invitación como ponente para el “Primer congreso nacional de ciencias sociales y humanas: Dirección, acción y prevención del conflicto siglo XXI”. A Nelson Vera, que me facilitó su hospitalidad en su casa para iniciar la transcripción del texto y, en las múltiples conversaciones que sostuvimos estructura la transformación del sujeto en individuo.